

CAPÍTULO IV

RÁPIDA OJEADA POR ALGUNAS NACIONES CATÓLICAS DE EUROPA

Bastan pocas palabras para hacer ver que en los países católicos el pueblo goza de mayores consideraciones y se halla en una posición mucho más holgada. En este punto se deja todavía no poco que desear, pero al menos sirve de algún consuelo el que no haya esa tendencia general, y por nadie contrarrestada, á embrutecer y explotar las clases trabajadoras. Los principios de civilización católica, adaptándose al carácter propio de cada país, han sido poderosos para armonizar tendencias opuestas, que si no son regidas por ideas de un orden superior, fomentan un violento antagonismo entre las clases de que necesariamente ha de componerse la sociedad.

El ideal de la civilización católica es generalizar, extender la felicidad; no acumularla en unos pocos, como el Protestantismo pretende. Para ello se requiere que haya la mayor igualdad posible entre las diversas clases, y que unas y otras miren la conservación de las mutuas relaciones como objeto de interés común. El Catolicismo en todos los tiempos ha procurado inculcar á ricos y pobres, sabios é ignorantes, amos y criados, esta importantísima máxima, fundamento del orden social: «Amáos mutuamente como hermanos en Cristo, y sobrelleváos los unos á los otros.» La constante proclamación de tan sublime verdad dió por resultado en tiempos pasados que grandísima parte del género humano se emancipara de la ominosa esclavitud pagana; y en nuestros mismos días, aunque las enseñanzas de la Iglesia no son por muchos atendidas, siendo ésta la causa principal de los daños que deploramos, sin embargo, las benéficas influencias que en torno suyo irradia el espíritu católico, son causa de que el nivel de fe-

licidad y civilización esté más subido en los pueblos católicos, según puede verse pasando ligera revista á las principales naciones europeas.

FRANCIA

Hace ya bastantes años que en la *Edinburgh Review*, examinándose el sistema económico francés de dividir entre muchos propietarios la posesión de los terrenos, se escribía en tono irónico: «En ningún país de Europa hay tantos propietarios como en Francia (la mitad de la población); y en ningún país tampoco, excepeion hecha de Irlanda, hay tantos labradores (dos terceras partes de los habitantes) dedicados al cultivo, ó mejor, tortura de la tierra. Si tal sistema dura medio siglo más, la gran nación será la nación más pordiosera de Europa.»

Así pensaba entonces el órgano político-economista del Protestantismo. Pero pasaron veinte años, y Samuel Laing se reía de la predicción del revistero edimburgués.

«¡La nación más pordiosera! Sí; no hay más que mirar á la actual prosperidad, bienestar general y creciente industria del pueblo. Francia debe la prosperidad por que atraviesa y el extraordinario desarrollo que su industria toma, á su sistema de subdivisión de la propiedad. Por este medio, poniendo en manos de todas las clases el instrumento de la industria y el bienestar, se consigue que no haya hombre ocioso ni capital que no trabaje por reproducirse.» (*Notes of a Traveller*, págs. 64-78.)

Continúa comparando al trabajador y soldado de Francia con los de Inglaterra, y como prueba de la condición mucho más próspera de los primeros, aduce el hecho de que en Inglaterra se reclutan mozos para el servicio militar por un chelín, ó cualquiera bicoca; mientras que en Francia, se encuentran con dificultad por 1.800 y 2.000 francos.

Vemos en el capítulo II que entre los principales opresores del pobre se contaba el clero protestante anglicano. Veamos ahora lo que, después de diligente investigación personal y de largos estudios históricos, juzga Mr. Laing del clero católico de Francia en sus relaciones con las masas populares.

«La riqueza de la Iglesia católica romana, de los conventos, monasterios y otros establecimientos, no son el menor obstáculo para la riqueza nacional y prosperidad de todo el país. Es este

un capital que se invierte en beneficio del pueblo, con más utilidad que las fortunas de los ricachones aristócratas; porque los que administran los bienes eclesiásticos conocen mejor á las clases necesitadas y los emplean en obras benéficas y dentro de localidades fijas, con lo que forman una clase media que á su sombra va levantándose y prosperando.»

¿Quién desconoce que entre las naciones cultas y civilizadas de la actualidad debe contarse la Francia entre las primeras? ¿Quién ignora que en otros tiempos, cuando era más de corazón católica, no fué inferior á ninguna otra? Aquella Francia, cuyo nombre era sinónimo de patriotismo heroico, empresas caballerescas, nobles aspiraciones é inmaculado honor, era la Francia del catolicismo y por el catolicismo; era la hija primogénita de la Iglesia. Aquella fué la patria de los grandes hombres cuyas hazañas gloriosas jamás se borrarán de las páginas de la Historia. Y si hoy se cuenta en el número de las naciones vencidas y decadentes, es porque en gran parte le ha abandonado aquella fuerza vivificadora que le comunicaba el espíritu católico, que era el espíritu que animaba á todos los franceses. La nación, madre un tiempo de tantos héroes, hoy se ve gobernada por parricidas masones y anarquistas. Cuando la Francia vuelva á los principios de la civilización católica, aquel será el día en que recobre el antiguo prestigio y poderío.

BÉLGICA

El pueblo de esta nación católica forma también chocante contraste con las escenas que presenciarnos en la protestante Inglaterra, en Irlanda y la India. Se ha alegado como excusa de la degradación y embrutecimiento reinantes entre las clases obreras de las islas británicas, la densidad de su población. Pero la mejor refutación de este pretexto se halla en el estado floreciente de Bélgica, hoy en día, el país de Europa relativamente más poblado.

El carácter distintivo de los belgas es un entusiasta patriotismo y un vivo interés general por el bien de las clases obreras, para las que se han abierto numerosos establecimientos benéficos y escuelas, consiguiendo de este modo formar una clase media, inteligente é instruída, que á su vez consagra las energías todas de su vida á labrar la prosperidad de la patria y conservar sus libres instituciones.

También en Bélgica existen numerosas minas de carbón de piedra, pero en ellas no se presencian las escenas de barbarie ni la brutal estupidez que pudimos ver en Inglaterra. Oigamos cómo se expresaba en el Parlamento inglés el Inspector de las Escuelas, Revdo. J. P. Norris.

«En un corto viaje que el último otoño hice por la región carbonífera de Flandes, tuve ocasión de admirar el grado de ilustración, relativamente grande, á que los mineros han llegado por la asistencia asidua á las escuelas nocturnas y dominicales. En algunos de estos centros enséñanse agrimensura, y otras ciencias relacionadas con la minería. Las autoridades municipales dan premios y certificados de aprovechamiento, cabiéndoles la satisfacción de ver formarse una clase obrera culta y fina, según yo mismo he podido experimentarlo en todos los obreros con quienes he tenido el gusto de hablar.»

El periódico de Londres *Daily Telegraph* (2 de Agosto de 1878), decía así:

«La libertad civil se concede en Bélgica en una forma casi casi republicana. Ni aun cuando el partido Ultramontano clerical está en el Poder, se cercena en lo más mínimo la más omnimoda libertad de Cultos. El comercio florece de un modo extraordinario, y la industria manufacturera progresa tan rápidamente, que pronto dejará atrás á su rival la inglesa. Tampoco podemos hablar del florecimiento de la agricultura con la extensión que merece la importancia del asunto. No hay exageración en decir, que todo Bélgica es un vasto y hermosísimo jardín, y que no hay palmo de terreno laborable al que no se le haga producir cuanto de sí pueda dar. Y prueba de ello son los entusiastas elogios que los economistas todos, desde Mac Culloch hasta Mill, tributan al agricultor belga por la riqueza y prosperidad que ha dado á su Patria, gracias á un inteligente y asiduo laboreo de los campos.»

ITALIA

Á tan alto grado llegó en tiempos pasados la civilización espiritual de este país, gracias al Catolicismo, que á pesar del insensato clamoreo de los enemigos de Cristo y de su Iglesia, se ven precisados á confesar que Italia ha sido cabeza del mundo, ciuda-

dela del Cristianismo, santuario de toda piedad y religión, Escuela de todas las Ciencias y Academia de las Bellas Artes. Ni se puede negar tampoco, que al Espíritu del Siglo, encarnación del espíritu protestante, se debe el que la Italia, sacudiendo el ligero yugo de la soberanía Pontificia y gobierno católico, se echara en manos de los corifeos de la Masonería, que á boca llena le prometían las bendiciones sin cuento del progreso material. ¿Cuáles han sido los resultados inmediatos de este cambio político y social? Dígalo un testigo nada sospechoso tratándose de la Iglesia católica, á cuya comunión no pertenece ni profesa muchas simpatías. Hablamos de la popular escritora Ouida, de la que copiamos las líneas siguientes:

«La Prensa de Inglaterra atribuye todas las desgracias de Italia á su antiguo Gobierno. Aunque yo no he vivido bajo el antiguo régimen italiano, y, por lo tanto, ni estoy en disposición de juzgarle por propia experiencia, puedo, sin embargo, asegurar, que el pueblo bajo recuerda con cariño, y aun desea con pasión, aquellos tiempos pasados, en los que vivía con completa seguridad personal y aun nadaba en la abundancia. La culpa de todas las desgracias que hoy affigen á Italia la tienen una burocracia absorbente, que por todas partes hormiguea, y el egoísmo interesado, que es una grande falta del carácter nacional. Por lo demás, el país está conformado para el pastoreo. Querer hacerle fabril, tanto vale como convertir un tabernáculo de Giotto en una pocilga. Allí, el pueblo necesita un ambiente puro, un cielo sin nubes: sus aficiones son el canto, la danza y la risa... Lejos de las ciudades, aún predomina el tipo antiguo del hombre sencillo y contento con su vida pastoril, fiel creyente de la doctrina de Cristo y cantor interminable de los versos del Tasso. Tal vez ni la una ni los otros pueda leer; pero, ¿qué importa, si los sabe gozar y sentir?»

Feliz en su simplicidad, honrado en su libertad, puro en sus costumbres de familia, y laborioso cual los antiguos griegos, esta clase de gente, no contaminada aún con la atmósfera de la moderna Italia, tengo para mí, que será de lo mejor y más honrado que habrá sobre la tierra. Cuando algún *picapleitos* de los de nuevo cuño se extasia puerilmente ante las ventajas de un ferrocarril ó de una máquina de trillar, no sabe los tesoros de poesía, dicha y paz que destruye en miles de corazones, sólo para enriquecer á algún contratista escocés ó llenar las arcas de un usu-

rero judío. Razón tiene el pobre pueblo de estar descontento é indignarse al ver que sus antiguos derechos, y aun el bienestar material de que hasta aquí han gozado, se les arrebató de las manos por especulaciones de algún banquero extraño. Esto se ha dado en llamar Progreso, mas es un progreso que el país abomina y el pueblo maldice.» (*Village Commune*, Apéndice.)

Tiene mucha razón Miss Ouida, pues todo el mundo sabe que desde que los italianísimos se encargaron del Gobierno, la Nación ha ido de escollo en escollo, de bancarrota en bancarrota.

En los primeros años del nuevo régimen (1872-1877), por no poder pagar las exorbitantes contribuciones que se imponían, se les embargó la casa á 40.000 familias: ¡196.883 personas que se encontraron en la miseria ó tuvieron que salir de su Patria! (Informe oficial citado por el *London Tablet*, 25 de Octubre de 1879) (1).

Por lo demás, aun bajo el punto de vista material, la agricultura de Italia puede sufrir competencia con la de otros países, gracias al sistema económico de subdivisión de la propiedad, que lo mismo que en Francia, España y Portugal ha implantado también aquí el Catolicismo, en contraposición al absorbente monopolio que predomina entre los protestantes. Oigamos sobre el particular á Mr. Laing:

(1) Á los datos que da el P. Young, queremos añadir algunos más de época más reciente. La Denda pública, que en 1861 era solamente de 3.000 millones, en 1890 había subido á 13.000 millones, é incluyendo la de los Ayuntamientos, suma 22.000 millones de francos. En 1890, el presupuesto de Guerra subió á 520 millones, es decir, 86 millones más que lo votado en el Parlamento de la Gran Bretaña. El déficit anual oscila entre 250 y 300 millones. Todo este gasto ha de salir del bolsillo del contribuyente. Así, una familia de la clase media, que en otras Naciones no pagaría arriba de 87 pesetas por contribución, en Italia debe pagar ¡565! El comercio, asimismo, va muy mal. Por fijarnos sólo en el artículo de vinos, en 1888 se exportaron por valor de 1.030.471 francos; en 1890, sólo 278.363 francos. En 1879 se registraron 700 bancarrotas; en 1889, 4.400.

El resultado es una miseria general. En 4.774 poblaciones sólo comen carne las familias ricas; en otras 3.650 nunca se mata ganado vacuno.

¡Á fe que la Masonería y el Liberalismo pueden estar ufanos de su obra en Italia! Y en otras partes que no son Italia.

«Ni Inglaterra ni Escocia pueden presentar una región comparable con la de las orillas del Arno, no digo en fertilidad, que eso depende del suelo y del clima, en lo que somos inferiores, pero ni aun en la industria é inteligencia del cultivo. Tan perfectos sistemas tienen de desecación, de regadío, abono, laboreo, y tan bien se aprovechan de la tierra. Está, pues, la agricultura muy próspera, y es la condición de estos campesinos muy desahogada.

»Si se comparan unos campos con otros, nuestro sistema de vastas posesiones pertenecientes á un dueño, quizás no pueda equipararse con la división de la propiedad existente en Toscana, Flandes y Suiza.» (*Notes of a Traveller*, pág. 42.)

Es bien extraño, que un entendimiento tan claro como el de Laing, reconociendo estar la agricultura de los países católicos más floreciente que la de los protestantes, no haya adivinado la causa del hecho, ó sea el principio de igualdad y fraternidad proclamado por la Iglesia católica. Ella ha sido siempre la fiel amiga del pueblo, defensora de sus derechos, y enemiga jurada de toda clase de tiranía, bajo cualquier forma que se presente.

ESPAÑA

Para los modernos adoradores del progreso material, España es otra nación que no les merece sino desprecio. Es verdad que la gloriosa civilización católica española ha perdido mucho de su bien merecido renombre y esplendor; que la nación no ocupa ya, como en otros tiempos, el puesto de primera potencia. ¿Pero acaso se debe culpar de este decaimiento á la fe católica? ¿No se debió á ella el antiguo florecimiento y poderío?

Aun hoy, sin embargo, cuenta España con poderosos elementos de civilización. Oigamos á un moderno escritor:

«La literatura española aventaja á la de cualquier otro país protestante en profundidad, riqueza moral y gusto estético; sus pintores y arquitectos figuran en primera línea en el Panteón de los artistas, y su Clero, por su extraordinaria ciencia teológica, asombró en 1870 á los Padres del Concilio Vaticano. Posee monumentos que son verdaderos poemas en piedra, ha tenido en sus manos el comercio de todo el mundo, ha extendido la civiliza-

ción por la mitad del orbe, y ha fundado ella sola más colonias que todas las demás naciones juntas» (1).

Un escritor, de cuya obra *Spain and the Spaniards* vamos á copiar algunas observaciones sobre el carácter español, se lamenta de tanto turista ignorante que, después de un viaje por la Península, precipitado é insuficiente para formarse un juicio, esparce en artículos periodísticos y descripciones de viajes, las más absurdas acusaciones contra un pueblo donde, *hasta los mendigos son caballeros* (son sus palabras). El autor de dicha obra, Mister Thieblin, recogió los datos para ella durante su permanencia en España en 1873, adonde vino, como corresponsal del *New-York Herald*, á enterarse de la situación política en aquella revuelta época. Y aunque á guisa de hombre incrédulo, nada bueno tiene que alabar en la religión de los españoles, sin embargo, de lo que dice sobre otras cosas puede fácilmente deducirse el carácter noble y virtuoso de la nación. Reservamos para otro lugar de este libro el tratar *ex profeso* de las virtudes de este pueblo, entre todos los demás noble y virtuoso.

¿Ha sido España un pueblo feliz? ¿Qué opinan los naturales sobre este particular? Mr. Thieblin lo cuenta con una graciosa historieta que allí corre entre el vulgo. Cuando el Santo Rey Fernando III entró en el cielo, la Santísima Virgen le propuso que pidiese para su Reino una gracia cualquiera. «Pido—repuso el santo—que tenga siempre en abundancia trigo, vino y aceite; que las mujeres sean bellas y virtuosas, los hombres valientes, los caballos fuertes, y, en fin, que sea regido por un buen Gobierno.» «Concedido todo—contestó la Virgen,—menos lo del buen Gobierno; porque si eso se concede á tu España, á buen seguro que ningún ángel querrá quedar conmigo en el cielo.»

Una prueba del bienestar y contento general reinante en España, la da el hecho de ser en ella los suicidios más raros que en ninguna otra parte del mundo.

Es muy general en los países protestantes el creer que en las naciones católicas, y más que en ninguna en España, se han

(1) España ha agregado al mundo civilizado países dos veces más extensos que toda la Europa. Sólo las pérdidas coloniales sufridas en el siglo XIX ascienden á 13.828.627 kilómetros cuadrados; es decir, un poco menos que la mitad de lo que actualmente es el Imperio británico, incluyendo en él aun la Metrópoli.

coartado las libertades civil y política. Nada más erróneo. Dígalo, por lo que á España respecta, un testigo abonado, anticlerical furibundo y presidente que fué de la turbulenta y brevíssima República española. Dice, pues, así D. Emilio Castelar, según le cita Thieblin:

«Nuestra patria, hoy por hoy, se presta cual ningún otro país para la confederación. Nosotros no tenemos las tradiciones republicanas que los franceses ó italianos. Nuestro pueblo, en guerra incesante, ha necesitado siempre un jefe que reuniera en su mano, no sólo la espada para pelear, pero aun el cetro de Monarca para mandar. No obstante este secular carácter monárquico, hay regiones que se han librado de la Monarquía, y han conservado su democracia y República. Aún existen en el Norte provincias dueñas de una autonomía é independencia que les da algunos puntos de semejanza con los cantones suizos. Allí los ciudadanos no pagan á los Reyes tributo de sangre ni de dinero. Sus hogares son tan sagrados é inviolables á la autoridad, que no lo son más los de los ingleses ó americanos. Cada pueblo es una pequeña República, gobernada por un Concejo que eligen los mismos ciudadanos, congregados al son de la campana parroquial. Cuando llega el tiempo designado por su Constitución, los representantes de los pueblos se reúnen á la sombra del Árbol secular de su libertad, y allí votan impuestos, promulgan ó enmiendan leyes, nombran empleados nuevos y destituyen los antiguos; todo ello, con la calma y moderación de un pueblo acostumbrado á gobernarse á sí mismo, sin las agitaciones de libertad que hoy conmueven el mundo.

»Pero no sólo tenemos estos ejemplos vivos de democracia; tenemos también tradiciones democráticas, tradiciones que yo llamo republicanas. Nuestras Cortes de Castilla consiguieron más de una vez arrojar de sus sesiones al Estado noble y eclesiástico. Las Cortes de Aragón nombraban su Rey y le fijaban el tiempo en que debían tenerse las sesiones. Navarra era una especie de República más ó menos aristocrática, y los Municipios de Castilla, en la Edad Media, verdaderas Repúblicas democráticas. Todos los ciudadanos tomaban parte en las deliberaciones, nombraban los Alcaldes y alternaban en los Jurados...» (*Spain and the Spaniards*, pág. 323.)

Pasa luego Mr. Thieblin á rebatir otra calumnia, la de supina ignorancia, dirigida contra el pueblo español. Y refiriendo una

entrevista que tuvo con el General carlista Elío, cita las siguientes palabras de dicho General:

«Dígase lo que se quiera contra los frailes; quien estudie un poco las Provincias Vascongadas, donde los curas y los frailes han tenido siempre influencia, hallará muchas cosas que sobremanera los honran. Apenas habrá un aldeano en estas provincias, hombre ni mujer, que no sepa escribir clara y gramaticalmente la lengua vascongada, y muchos aun la castellana.»

Y hablando luego del bienestar de los vascongados, dice: «La buena salud que reina entre esta gente es el resultado de su moralidad. Entre ellos casi no hay mendigos, y muy pocos son los que sufren pobreza y necesidad. Esto es debido en parte al Clero y en parte á los fueros de estas provincias.»

Tocante á la propiedad, hablaremos en otro lugar sobre lo repartida que se encuentra en España al igual que en Francia y Bélgica.

Frecuentemente se saca á colación la indolencia de los pueblos sud-europeos. ¿Y por qué? Pues sólo porque no adoran el duro metal; porque no consideran el *summum* de la dicha condenar el cuerpo á decrepitud prematura y el alma al embrutecimiento, por allegar grandes sumas de dinero. Con razón dice Mr. Thieblin:

«Enorgullécense los ingleses de su actividad, mas los españoles opinan que la virtud del trabajo en Inglaterra es una necesidad si ya no quieren morir de hambre ó de fastidio, según que el país es triste y poco agradecido; mas España, como todo el mundo sabe, es un Paraíso, y en el Paraíso no hace falta trabajo. No; el estado del pueblo español no es lamentable. A nadie falta algo que comer y una casa en que vivir; y esto junto con una esposa más ó menos agraciada y un rebaño de chiquillos, hace la existencia tan llevadera, que con dificultad se cambiaría por otra más desahogada en nación extranjera, aunque sea la más floreciente... Allí, tanto ricos como pobres saben prácticamente lo que es gozar de la existencia... La ausencia de esa insaciable hambre de dinero que atormenta á los ingleses y norteamericanos, hace la vida sosegada y quieta, y lo demás corre á cuenta de la natural fertilidad del terreno y del apacible clima.» (Ibid., págs. 377-378.)

Otro de los distintivos de un pueblo verdaderamente civilizado es la consideración con que se trata á los extranjeros, y el

respeto para consigo mismo con que se conducen los ciudadanos. Sobre lo primero nos dice el autor á quien extractamos, «que todo extranjero es recibido en España con los brazos abiertos y con mayor hospitalidad que en otros países; sobre lo segundo, bastará recordar la proverbial hidalguía y pundonor de la raza, herencia de unos antecesores gloriosísimos.» *En España aun el mendigo es un caballero.* Las corridas de toros suelen traerse como prueba de barbarie y ferocidad de costumbres. Mr. Thieblin hace de esta popular diversión una defensa victoriosa, con argumentos convincentes, á que con dificultad podrá contestar aun el más agudo sofista.

El amor filial y paterno reviste en España una forma cariñisima y poco común. Los cargos que algunos han hecho á la moralidad de la mujer española no merecen otro nombre que el de burdas calumnias. Habla el redactor del *Herald*: «¡Cuánto no ha sido calumniada la mujer española! Y, sin embargo, de cuántas virtudes, de cuán excelentes prendas (excepto la instrucción) no está adornada... Después que se la estudia, se ve, que es preciso juntar en uno todas las virtudes de la más virtuosa matrona inglesa, toda la gracia y despejo de la más ingeniosa y aguda francesa; toda la belleza de la más agraciada italiana, para formar algo que se aproxime al tipo de la señora española.» (Ibid., pág. 380.)

Lo de faltas de instrucción, que en el párrafo anterior se dice, y lo de fanáticas y supersticiosas que en otra parte se les achaca, son calificativos que tomados en el sentido que se les da entre protestantes, no quitan en lo más mínimo á la madre de familias española, el ser hacendosa, virtuosa y aptísima para educar el entendimiento y el corazón de sus hijos. Pero aunque ello sea así, no es verdad que el sexo femenino carezca en España de la instrucción que le es propia y natural. Señoras y señoritas hay entre la gente rica, que hablan correctamente el inglés, y son en muchísimo mayor número aun entre la clase media las que poseen con perfección el francés.

Sobre la moralidad se expresa así nuestro autor:

«Si habéis tratado con la mujer española, no sólo la habréis admirado, sino que además habréis sentido el atractivo é influjo mágico de su virtud. Sea lo que se fuere, yo debo confesar, que en ningún país de Europa, y los he recorrido todos, he sentido como en España un placer tan puro en el trato con señoras...

Allí, felizmente aún no es moda que los casamientos se hagan atendiendo sólo al dinero ó á consideraciones sociales... La casada, por regla general, es fiel y cariñosa cual en ningún otro país; y aunque tal vez la conducta del cónyuge haga su vida desgraciada, no se trasluirá al exterior, ni llevará sus quejas á un tribunal de divorcio, ni pondrá su corazón en nuevo amante... ¿Es esto decir que la inmoralidad y el adulterio son desconocidos en España? De ninguna manera. Lo que únicamente quiero significar, es que el tanto por ciento del vicio profesional y de la relajación de costumbres, es en España muy inferior al de cualquier otra nación europea. Prueba de ello que el demi-monde es casi desconocido aun en Madrid. Y aunque en las grandes ciudades hay seres infelices que comercian con el pudor, el número de todas las repartidas por la Península no llegará á las que hay en alguna de las calles de Berlín, Londres ó París.» (Ibid., página 383.)

Ni se crea que estas virtudes sean exclusivas de sólo alguna clase social; pues como se lee algunas páginas más abajo del texto que acabamos de citar:

«Entre las clases más bajas se encuentran tantas buenas cualidades y virtudes que admirar, como entre la aristocracia. La esposa de un artesano ó labrador no cede, si es que no aventaja, á la de un Grande, en amor á su marido, en solicitud por sus hijos y en finura y bondad para con todos los que la rodean. Si llamáis á la puerta de un mesón ó de un caserío apartado, al punto el ama de la casa saldrá á recibiros y ofrecérseos en lo que pueda servirlos. Si caéis enfermo, ora sea en un hotel, ora en una casa de huéspedes, ó en el hogar de un amigo, á buen seguro que se os atenderá y cuidará de modo que no echéis de menos el cariño de vuestra propia familia.

Con esto una vez más se demuestra lo que ya antes hemos visto y veremos también en adelante, es á saber: que la influencia del catolicismo tiende á igualar y asimilar las costumbres y á poder ser, aun las condiciones de todos los hombres como hermanos que son en Jesucristo.